

## Mercado y Estado. Sobre la apropiación del conocimiento

Claudio Martyniuk

Existen dispositivos que ahorran atención, reducen la complejidad, lanzan como flechas órdenes que se siguen. No son más que técnicas para flotar y nadar en un océano de fenómenos, de comunicaciones. Así, el olvido y la prohibición conforman condiciones para la concentración y la acción, el pensamiento –que no puede pensarlo todo- y la praxis –que tampoco puede afrontar un todo inagotable. Cerrar los ojos, o avanzar sin mirar atrás, seguir el camino que trazan aquellos que van delante, y distraerse, fantasear, divertirse, o tal vez buscar el fondo de una cuestión. Mientras tanto, la ciencia, el estado, el derecho y mercado, se solapan, articulan poder y saber, edifican máquinas y megamáquinas, trastocan las fronteras entre naturaleza y artificio.

Un centímetro cúbico de mar contiene un millón de bacterias y diez millones de virus. Formas de vida, información genética que pasa a ser objeto de modificación y recombinación, originando ramas sintéticas en el mundo viviente que portan marcas de agua en sus genomas (esas marcas son un código dentro de otro código dentro de otro código, y en alguno de esos niveles puede aparecer el correo electrónico de un científico al cual se le deberá escribir para seguir adelante con la decodificación, o los nombres de los científicos que han diseñado la forma viviente sintética y/o alguna cita, como ha afirmado Craig Venter que se ha incorporado en la primera célula sintética). ¿Pero acaso podrá quedar la biogenética en manos del mercado?

La ciencia avanza hacia el control tecnológico de la vida, provocando un quiasmo entre lo natural y lo artificial. La biología sintética interviene en un terreno performativo que involucra la generación de formas de vida. Craig Venter, que participó del develamiento del genoma humano y que trabaja en la secuenciación en masa de genes –el número de genes conocidos supera los 40 millones-, al frente de un equipo de investigadores de su empresa, ha dado un paso perturbador, con la producción de la primera célula dotada de un genoma sintético. Esta primera bacteria viable atravesó la prueba de autoreproducción. (Otra interpretación del experimento señala que se produjo un genoma sintético que se introdujo en una célula de una bacteria, reemplazando su ADN.) Venter ha señalado que este desarrollo habría permitido producir una vacuna contra la gripe H1N1 en 24 horas. La empresa de Venter, Synthetic Genomics, ya presentó 13 patentes de propiedad vinculadas a la

investigación, lo cual demandó una inversión estimada en 40 millones de dólares y el trabajo de entre 20 a 50 científicos durante una década. Venter afirma que se necesita proteger la tecnología con patentes que justifiquen las inversiones y que intentará usar esta tecnología de células sintéticas para diseñar algas que sean nuevas fuentes de energía y alimento, y para producir más rápidamente vacunas. Las repercusiones técnicas, políticas, económicas y filosóficas de este paso inicial aparecen aún cargadas de incertidumbre. La alegación de que así se abre la vía a la fabricación de organismos artificiales capaces, por ejemplo, de producir carburantes limpios, muestra un rasgo ideológico de la dinámica técnica: las secuelas negativas de las innovaciones técnicas implementadas podrían ser revertidas por nuevas innovaciones técnicas. Los desarrollos de la ciencia irrumpen frecuentemente como fuerzas productivas que desafían las profecías apocalípticas y extienden la capacidad constructiva de la humanidad. Así apareció esta dinámica para Marx y así también se arraigó en el imaginario social y en la evaluación económica de la capacidad competitiva de las naciones. Mientras se construyen formas vivientes creadas a partir de la digitalización, formas vivientes artificiales, patentadas y pronto comercializadas, la sociedad civil y la cultura política, especialmente de las poblaciones empobrecidas, persisten lejanas, indiferentes, encerradas en una visión estrecha de sus padecimientos.

La tecnología también ha comenzado a provocar una interrupción, una encrucijada que abre el texto, la lectura y la escritura a una mutación que acentúa la discontinuidad, la fragmentación. El solapamiento de la letra de la mano, el libro impreso y el universo digital sedimenta capas de analfabetismo y exclusiones. Y la fascinación por la tecnología digital, fascinación consumista, muta la pobreza, incorpora la miseria en la abundancia.

Crímenes de la razón. El fin de la mentalidad científica (*The Crime of Reason. And the Closing of the Scientific Mind*, 2008), el título del libro de Robert B. Laughlin -Premio Nobel de Física 1998 y profesor de la Universidad de Stanford-, remite a *The Closing of the American Mind* (1987) el polémico texto de Allan Bloom centrado en la crítica a la educación norteamericana. El libro de Laughlin se refiere a la producción de conocimiento científico en las redes contemporáneas de prohibiciones, derechos de propiedad intelectual, procesos de mercantilización, demandas de seguridad y proliferación de spam. Y cada capítulo desprende una fresca polémica ante el absurdo de las condiciones de apropiación privada y estatal de la ciencia, en desmedro del dominio público.

La naturaleza ama ocultarse, enseñó Heráclito. No hace más que traducirlo Laughlin al afirmar que “la naturaleza es experta en criptografía”. El espíritu científico busca explicar y comprender, decodificar y desocultar. El conocimiento resulta, entonces, análogo a la clave necesaria para descifrar un mensaje. Si no la conoce, no se puede predecir lo que ocurrirá. Pero en nuestra jaula de hierro, se criminaliza la tecnología que permite descifrar, burlar la protección contra la copia, un crimen que afecta económicamente a un puñado de empresas -pero saber cómo se comparten archivos beneficia a un número mayor de personas que a las que daña. También se oculta aquello ya desocultado. Se mantiene en secreto, aunque sea un secreto parcial. “La desaparición de pequeños detalles es muy relevante para restringir el acceso a la información, porque es precisamente en esos detalles donde radica su valor técnico”, explica Laughlin. Todo parece a la vista, pero ese nivel sólo permite acumular errores. Las generalidades carecen de valor económico. Los que saben sobre los detalles ocultos han recibido un trato estatal especial, muchas veces consistente en la prohibición de salir de su país. ¿Acaso está práctica terminó con el fin de la Guerra Fría?

Ante nuestras narices, se minimiza la importancia de la desaparición del conocimiento, la cual se practica no como una censura burda, sino creando la convicción de que las cosas importantes no tienen importancia y no vale la pena conservarlas. En este estado de cosas, Internet no es un instrumento de difusión del conocimiento, sino más bien lo opuesto.

Los científicos, empleados proletarizados, no reciben dividendos por sus logros. El éxito económico no tiene que ver con la lógica sino con el juego y el engaño. Y Laughlin afirma que, para ser millonarios, más que ciencia, hay que aprender póker (podríamos decir truco también, que al igual que el póker enseña que se puede ganar sin tener nada, ¿pero cómo comprender la pobreza de nuestros brillantes jugadores de truco?)

El acceso universal al conocimiento es incompatible con la economía de mercado, “totalmente incompatible”, enfatiza Laughlin. El conocimiento gratuito es enemigo de las prácticas de intercambio onerosas, centrales para la actividad económica. Y en este entorno, las normas que garantizan el acceso al conocimiento producen formas más ingeniosas de volverlo inaccesible. Es gratuito aprender a leer y escribir, pero leer y escribir bien es cada vez más caro.

La actividad económica propicia el ocultamiento de información, pero también los científicos, como lo han hecho en general en la historia los detentadores del saber, encriptan el conocimiento. En esto se basa la producción y reproducción de comunicaciones en el sistema científico emergente en la modernidad.

Para Bill Gates, limitar la propiedad intelectual es propio del comunismo. A su vez, en *La fábrica de la infelicidad*, el polígrafo Franco Berardi Bifo señala que la alianza entre Gates y Bush sancionó la liquidación del mercado. Y la ciencia, principal fuerza productiva de nuestra época, queda en manos monopólicas. El derecho reconoce este modo de apropiación y disposición de las creaciones conceptuales y penaliza su libre acceso.

Para la Corte Suprema de los Estados Unidos, las leyes de la naturaleza no pueden patentarse, como tampoco los fenómenos físicos y las ideas abstractas -*Diamond v. Diehr*, 450 U.S. 175 (1981), registro 79-1112-, pero las secuencias genéticas sí; los algoritmos no, pero el software sí. Y no hay límites para el ridículo: por la patente del “compra con un solo clic”, Amazon.com le ganó un juicio a Barnes and Noble.

También se censura el pensamiento en nombre de la seguridad interior, o se declara confidencial información originada en el dominio público. Se limita la vida a la libertad de expresión –así, ley norteamericana de energía atómica excluye la validez de la primera enmienda, por lo cual se la ha impugnado por inconstitucional, pero este debate ha sido rehuido por la justicia norteamericana en las cinco décadas de vigencia de esa ley. Es imposible alentar la libertad de expresión en un laboratorio de armas nucleares, se afirma; es imposible, ante la existencia del terrorismo, se reafirma. “Somos una quimera, un híbrido entre Atenas y Esparta”, escribe Laughlin sobre un país cada vez inclinado a Esparta. Y la ley norteamericana de Derechos de Autor para el Milenio Digital sigue el precedente nuclear, afectando la libertad de expresión y obstaculizando la investigación científica. Cada vez más, la física y la biología quedan fuera del discurso público, se ocultan porque entrañan –se afirma- riesgos contra la seguridad nacional. Y “hoy en día se oculta más conocimiento, y esto se hace más rápido y con mayor eficacia que en cualquier otro momento del pasado”, dice Laughlin.

Más que era de la información, era de la amnesia. En la práctica, hay una intensa reducción del acceso público a la información importante. Ocultamiento y silencio, por el monopolio

de la atención; todo es distracción, especialmente Internet. Internet no es más que la ironía que hace creer que hay auge de acceso a la información, pero no es más que un mercado gigante, el verdadero supermercado con carritos que no interpelan el derecho a saber y cuestionar. Leteo técnico, de aguas contaminadas, Internet entretiene en el olvido y alimenta de spam, naturaliza la inseguridad.

Monopolio de la atención, monopolio del conocimiento. Genes y semillas, cuerpos y vegetales, microorganismos, formas de vida, componentes y algoritmos, mucho más que libros, músicas y películas. Científicos proletarizados –no son ellos los dueños de las patentes; sus creaciones derivan en mercancías-, artistas mercantilizados –son de representantes y compañías, galeristas y rematadores-, técnicos que reglamentan y prohíben para el estado y las empresas, dictan órdenes que imponen delitos intelectuales y de seguridad que, a su vez, garantizan la libertad para las mercancías y dejan ser la imposición del fetichismo de la novedad y el consumo. En estas redes vacías –acaso unidimensionales- y opresivas –inversas a la felicidad-, la búsqueda de saber, el afán experimentador y creativo son paralelos a la contención del conocimiento y la imaginación. Y todo se llena de normas, para la circulación y el secreto, para generar seguridad difundiendo el peligro.

Pero es difícil el control de entornos técnicos –la técnica no es un medio simple. No parece efectiva la prohibición de saber y de hacer. El conocer tiende a realizar su potencia. Pero los intersticios incrementan las asimetrías, afectan a las mayorías siempre más explotadas. Monopolios sobre el saber, monopolios sobre los átomos de la naturaleza física –por la seguridad estatal que permite desarrollar armas de destrucción masivas-, monopolios sobre los genes –por la apropiación monopólica de la información genética, por la reducción a mercancías de los logros asociados a la salud y la alimentación-, asimetrías en las que confluyen las prácticas del biopoder, mientras la política persiste como spam.

Se espectaculariza el desarrollo científico-tecnológico, el discurso público se hace publicidad y el consumo –al igual que la obediencia- hábito. La resistencia y la desobediencia se reducen a la copia de música y películas. Se bajan, y el término “bajar” brinda una imagen apropiada. Se “baja” lo más bajo, aquello que está al alcance de la mano, apenas eso. Se cerrarán esas filtraciones, quizás. Mientras tanto, y como es imposible enjuiciar a todos quienes la practican –adictos al entretenimiento, pero racionales por el

sentido de la orientación de su conducta-, se criminaliza la difusión tecnológica y se persigue a quienes difunden cómo copiar archivos.

Persiste, débil, en el terreno de la fantasía la posibilidad de detener la producción de conocimiento. Con distorsiones, bajo la monopolización del saber, el conocimiento abre potencias que se activan, con marcada indiferencia en este caso a las normas sobre qué y cómo experimentar. Con afectaciones, la intimidad plegada sobre sí pugna por exhibirse en todos los medios técnicos visuales, casi como prueba de la existencia personal –y así se refuerzan las daciones de información para el control y la uniformidad. Las reacciones que doblan el dispositivo científico-técnico sobre sí oscilan entre la insignificancia y el desastre –Unabomber ejemplifica la desesperación.

El discurso sobre el libre mercado ha tenido correlato en la concepción de la ciencia como libre mercado de pensamientos –Karl Popper. La erosión de la libertad, pero, es paralela y tan severa como la contaminación de la atmósfera, el suelo, las aguas, las ciudades, las vidas y las formas de existencia y pensamiento. Una puesta en suspenso, un paréntesis que convierte en detalle del futuro a la escalada corrosiva, esconde la miseria de nuestro mundo de vida, deja en libertad el absurdo. Hasta se patentan inverosímiles máquinas de movimiento continuo, mientras, por ejemplo, una investigación referida a la sordera congénita debe suspenderse porque la propietaria del gen para la proteína 26 le exige al investigador un canon altísimo para que pueda manipular su bien patentado. Proliferan los juicios multimillonarios –por protocolos de buscadores de Internet, por memorias RAM y flash-, porque la industria del patentamiento no descansa –Microsoft concreta dos o tres mil patentes por año. Con prisa, como lo reseña Laughlin, la empresa de Bill Gates patenta conjugaciones verbales, métodos para distinguir el “buen” del “mal” uso de Internet, mientras amenaza con denunciar a los gobiernos asiáticos que se animaron a usar Linux.

La ciencia moderna unificó las leyes del cielo y la tierra, pero el estado y el derecho mantienen la escisión. Así, la Corte de Estados Unidos trazó un criterio para registrar la propiedad: “Todo lo que hay bajo el sol ha sido realizado por el hombre” (Diamond v. Chakrabarty, 447, U. S. 303, 1980). Desde entonces, se puede patentar el desarrollo de microorganismos modificados genéticamente –por ejemplo, uno diseñado para limpiar derrames de petróleo. En 1984, la Universidad de Harvard patentó un “oncorratón”, un ratón diseñado para contraer fácilmente cáncer, alivianando la investigación de esa

enfermedad. Así, hasta los datos biológicos quedan jurídicamente fuera del dominio público. Se carga el costo de la competencia, también el de la crítica, que oscila entre el desaliento ante los impedimentos para descubrir aquello que de otro modo no podrá criticar y la desazón por el silencio que le sigue a la protesta. En cambio, el derecho de propiedad y el secreto no son obstáculos para los competidores ricos y poderosos.

La liberación al dominio público de “todo” es también perturbadora. Peste bubónica, cólera, ántrax, viruela, además de los pasos para armar bombas devastadoras –bienes de la ciencia hoy presuntamente “bien” guardados-, de ser “liberados” derivarían en un miedo mayor que el actual sobre las armas biológicas y físicas. El conocimiento sobre la vida, el más perturbador ya desde la Biblia, funda una premisa de la ideología biopolítica hegemónica: ocultar ese saber y, así, mientras se usa ese saber, se evitarían males.

Cabeza de león, vientre de cabra, cola de dragón, quimera que vomita llamas. Animal técnico prohibido –la hibridación de células humanas y animales que darían resultados como cabras-ovejas, ovejas-hombre, tortuga-pollo, pollo con cerebro de codorniz, en Gran Bretaña ha sido prohibida, cuenta Laughlin-, pero igualmente extendido –un grueso número de pacientes cardíacos lleva válvula de cerdo o de vaca, que convive con los tejidos del receptor. Quimera que hasta puede prescindir de la destrucción de óvulos humanos en la clonación –éste es el argumento básico de los promotores de la prohibición de esta técnica biológica, el cual quedaría anulado-, ya que es factible la transferencia de una célula somática humana al óvulo de un animal, sin necesitar óvulos humanos para obtener clones. Ante la posible quimera de un mix de ratón y hombre, deriva técnica de la quimera kafkiana, genio del animal transgénico, metamorfosis de la razón instrumental, apenas nos detenemos asombrados para enseguida seguir. Lo ejemplifica Laughlin con un disco que contiene el programa completo de nuestro organismo: “Tenemos el disco en la mano, lo damos vuelta, nos maravillamos de su eficiencia, nos preguntamos por su significado y consideramos la posibilidad de guardarlo para siempre, quizá clonándolo. Luego lo dejamos por ahí y llevamos a nuestros hijos a la plaza.”

La sed de diversión, un tributo al conocimiento efímero, un roce a datos sabidos frívolos. Saber chatarra de mínimo costo de mantenimiento intelectual. Ya lo había señalado Nietzsche, al ponderar el valor del olvido. Harald Weinrich, en *Leteo. Arte y crítica del olvido*, recorre el pasado y el presente del olvido –escribir, almacenar, para olvidar, imperativo que

también practica la investigación científica, considerando al océano de la información puro spam, salvo algunas islas de relevancia, siempre escritas en inglés, siempre en un puñado de revistas con referato que ratifica la autoridad institucional. En palabras de Laughlin: “Deshacerse del conocimiento es fundamental; no es sólo una cuestión de conveniencia”. Gran parte de nuestra capacidad mental está dedicada a las banalidades. Y este físico, antiplatónico, concibe a un mundo manejado por intelectuales como horrible pesadilla. Quizás sea una fortuna que el cerebro humano tenga mucho espacio para la cháchara política, las estadísticas deportivas y los chismes, y que aun así quede lugar para otras cosas, aunque esto podría resultar complicado si la vida durara mil años, aunque el olvido pueda hacer milagros, rebasando la conservación de la información. Al olvido, como el pronóstico climático de ayer, desecho sin valor. Laughlin selecciona la perturbación, distingue al conocimiento que nos incomoda y nos asusta, como el único que tiene valor. No es ese el valor de mercado, para el cual Platón y Shakespeare ya son baratos, mientras que creaciones modernas sin punto de comparación y que previsiblemente desaparecerán en apenas un par de años sin dejar rastros, hoy son caras. Lo abierto del conocimiento es incompatible con la economía de mercado. El valor económico –unidimensional- distorsiona el valor plural del conocimiento.

La publicidad, eterna hermana de la diversión, hace del mundo una cartelera repleta de anuncios comerciales. La mayor parte de las comunicaciones es publicidad de algún tipo. Esa publicidad, que es del mercado, ha hecho más que perforar la esfera pública, ha hecho más que delimitar el dominio público: lo ha hecho todo igualitariamente desechable. La información desechable ahora se identifica con el nombre de “spam”. Laughlin recuerda que fue el nombre dado por Hormel Foods, en 1937, para su nuevo producto de carne enlatada: sobras de paleta de cerdo que, durante la Segunda Guerra Mundial se consumió en grandes cantidades; luego perdió prestigio, se lo consideró de baja calidad y bajó su ventas hasta que la difusión de su nombre, con Internet, hizo –irónicamente- que se incrementaran. Y la espiral sigue su curso: a más filtros, mejor spam. Y hay una versión de la ley de Gresham, referida a las monedas, para el conocimiento: el malo saca de circulación al bueno. La entropía del spam no tiene freno e, irreversible, modela el presente y su porvenir.

Sin armonía en la ambivalencia respecto a la libertad intelectual. El aliento a restringir el conocimiento peligroso –el temor a que la bomba atómica caiga en manos equivocadas, y la



suposición de que existen manos adecuadas para retenerla-, el sostenimiento de la penalización del conocimiento –la cual sólo se ve como problema cuando afecta directamente a uno-, baten la cacerola del respeto a la propiedad y consienten el dictado de la censura en nombre de la seguridad, pero –bien pensante- la opinión pública considera inmoral el restringir el acceso al conocimiento.

Podrá registrarse algún intento de reducción del alcance de las normas de patentes, pero la penalización de las aventuras de la investigación y el pensamiento parece de muy difícil erradicación. La cultura de la apropiación, el estilo de la estimulación del lucro, la carrera por conquistar el saber, la inversión en campos simbólicos, llegaron para quedarse. Y el destino irónico y apocalíptico para aquellos amantes de la crítica y el cuestionamiento, el desafío y la experimentación no parecería ajeno al análisis del derecho en busca de intersticios e indeterminaciones, alegatos y resguardos. Esperanza pretoriana, más que política, tal el pesimismo de Laughlin.

Domina la apropiación privada del conocimiento. El conocimiento más valioso en términos económicos es privado y secreto; sus dueños no quieren hacerlo público. Esto choca con el ethos de la ciencia, el cual, según Robert Merton, es universalista y comunista, ya que los hallazgos de la ciencia son un producto de la colaboración social y son atribuidos a la comunidad; sus bienes son comunizados, aunque la estima le corresponde al productor, un genio científico humilde. Escribió Merton en 1942: “El comunismo del ethos científico es incompatible con la definición de la tecnología como ‘propiedad privada’ en una economía capitalista. Los escritos actuales sobre la ‘frustración de la ciencia’ reflejan este conflicto.” Mucho antes, la Corte de los Estados Unidos, en el caso U.S. contra American Bell Telephone Co., había señalado que “inventor es quien ha descubierto algo de valor, que es su propiedad absoluta. Puede ocultarlo al conocimiento público...” Y cuando la actividad intelectual se vuelve tan valiosa que se la puede comprar y vender, ocultar y manipular; cuando los estados más poderosos monopolizan el saber de los desarrollos científico-técnicos de efectos más perturbadores, regulando el secreto y, con ello, el modo de acceso y de concreción de investigaciones, y hasta la manera de vivir de los científicos, controlados sus ideas, entornos y viajes; y cuando la megamáquina ciencia-estado suma a las empresas monopólicas para que desde laboratorios “públicos” y privados se multiplique el dominio sobre las tecnologías de la vida, la caja de Pandora depara todo tipo de

incertidumbre al porvenir. Acaso, alguna vez, la ciencia sea un bien público, que le pertenezca a todos, acaso porte un sesgo emancipador.

Heidegger afirmó que las ciencias de la naturaleza tienen como fin la máquina, y el resto, esa masa informe de humanidades y conocimiento social, el periodismo. Entre la irrelevancia y la marginalidad, la cognición protectora enfila enfrentamientos culturales sobre fenómenos que no dicen qué significan. A todos nos pesa esta gravedad, a la naturaleza, que ama esconderse y que queda expuesta a la desocultación técnica; a la esfera pública, que se modela por la libertad de expresión y la crítica robustas, y que queda expuesta al mercado, el spam, la frivolidad; a la existencia que requiere raíces y calidez, expuesta a soledad fría y desamparo.